

Homofobias 2.0

POR LUISGÉ MARTÍN

Las majaderías que se dicen sobre la homosexualidad van mudando de piel para adaptarse a los nuevos tiempos, pero no acaban de desaparecer nunca. Igual que las drogas, que ya no se siembran en los campos de cultivo, sino que se hacen en laboratorios para mejorar su eficacia, la homofobia es ahora también 'de diseño'. No se cuece en tabernas portuarias, sino en despachos cosmopolitas.

El mes pasado estuve en EE UU dando unas charlas sobre literatura, y en una universidad de Miami la moderadora se sorprendió de que yo hablara con desenvoltura de mi homosexualidad. Estaba describiendo las raíces de las que habían crecido mis libros y expliqué, sin demasiado énfasis, que el hecho de haber crecido en una época en la que todavía era socialmente un pecado y una vergüenza ser homosexual había condicionado mi forma de ver el mundo, mi educación sentimental, mi temperamento y, por lo tanto, mi literatura. La moderadora me interrumpió entonces para preguntarme, con buenos modales, qué necesidad tenía yo de confesar allí, en público, mis inclinaciones sexuales. No era un reproche, sino un gesto de asombro. Le aclaré que no estaba confesando mis inclinaciones sexuales, sino diseccionando mi literatura, y que del mismo modo que Primo Levi no podría hablar de sus libros sin decir que era judío y que había estado en Auschwitz, yo, si me permitía la comparación, no podría poner en claro mis novelas sin recordar el miedo, la vergüenza adolescente, la soledad, la sordidez y el camino de perfección que estaban asociados a mi sexualidad. Y fue en ese momento cuando la moderadora, sin perder la afabilidad, desenfundó su pistola.

Nos explicó que se habían hecho dos encuestas recientemente que mostraban que los adolescentes heterosexuales estaban intimidados y avergonzados de su sexualidad y sentían una gran presión social para convertirse en gays. Ser gay era moderno, *cool*; ser *straight*, en cambio, era mediocre, rancio, de baja estofa. La homosexualidad era el estilo de vida de los triunfadores, de los artistas, de los genios. Dijo incluso el porcentaje: el 63% de los adolescentes norteamericanos sufrían ese desarreglo emocional, ese complejo nuevo. Y ella podía certificarlo, pues su hijo, que tenía 16 años, era uno de los afectados: le gustaban las chicas, pero no se atrevía a presumir de ello para no ser ninguneado. Aunque en ningún momento fue ofensiva ni maleducada a la vieja usanza, la moderadora estaba lanzando un mensaje elocuente: la culpa de que

esas cosas pasen, de que su pobre hijo y tantos otros cientos de miles de muchachos padezcan esa represión monstruosa, es de gente como yo que anda por el mundo alardeando de ser gay. Para acabar con esa opresión, por lo tanto, los gays tenemos que estar callados, disimular. Decir en una conversación, por ejemplo, 'mi pareja', no 'mi novio'. Mostrar una insatisfacción permanente, un cierto tormento interior, un desgarró espiritual como los que han sentido siempre los homosexuales. O mejor aún: como los que han sentido siempre los maricones.

Por supuesto, todo era mentira. Las encuestas seguramente existen, pero como tantas otras habrán sido hechas a medida para servir de coartada científica a una ideología reaccionaria y dar sustento teórico a los retrógrados que, como la moderadora, no se atreverían si no a decir lo que dicen. Esa misma mañana me habían llevado a un *high school* para hablar también de literatura y había podido comprobar lo reprimidos y avergonzados que estaban los adolescentes de su heterosexualidad: los chicos se restregaban con las chicas en mitad de los pasillos, se besaban, se sobaban... Tal vez tuve mala suerte y solo me fijé en el 37% de desinhibidos.

Son homofobias de tercera generación, con tecnología punta, bluetooth y software codificado. Homofobias de salón cortesano, de delegación diplomática, de colegio de pago. Eluden el insulto, la confrontación directa y las palizas. Pero su poder tóxico es mucho más depurado, pues corroen las convicciones hasta su meollo más hondo.

De Miami viajé a Nueva York, y una noche, en uno de los paseos por el Village, pasé por delante del Stonewall, el bar gay donde hace ahora cuarenta años empezó la lucha por los derechos de los gays. Sigue abierto. Me asomé desde la puerta y vi que estaba casi vacío. Pensé que hoy no habría ya que luchar a golpes con la policía para defender nuestra dignidad, como hicieron aquellos *niuyorquinos* del Stonewall, sino emplear armas más sofisticadas, también de tercera generación. Y me acordé, de repente, de una frase fascinante del Che Guevara, ese revolucionario (al parecer homófobo) que no vive ahora sus horas de mayor prestigio: "Solo existe un sentimiento mayor que el amor a la libertad: el odio al que te la quita".

LUISGÉ MARTÍN ES ESCRITOR. SU ÚLTIMA OBRA PUBLICADA ES LA NOVELA LAS MANOS CORTADAS (ALFAGUARA).